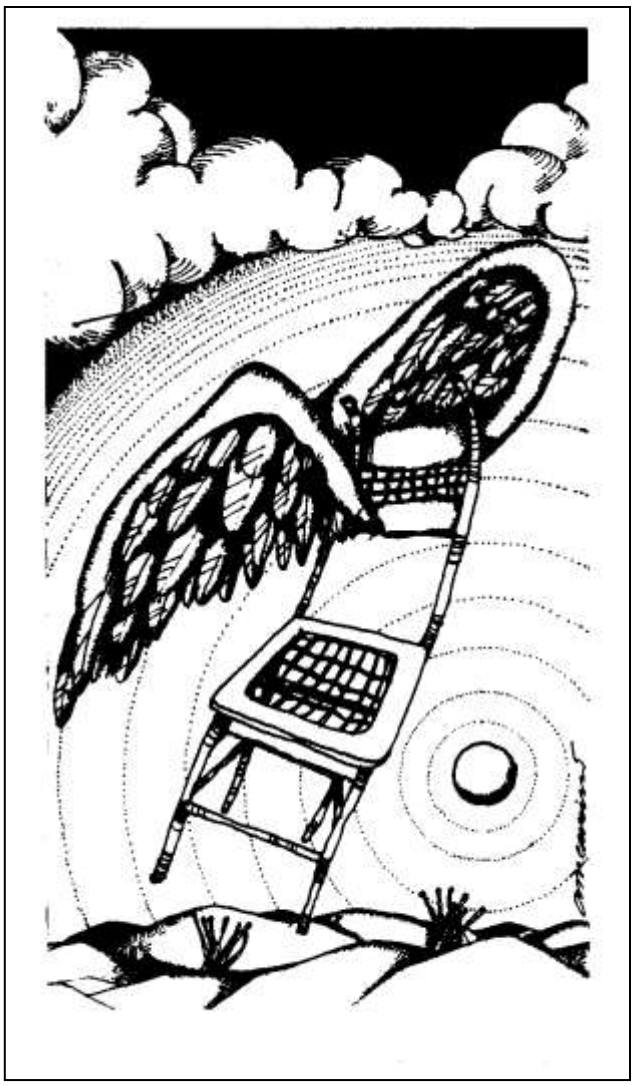
QUIZASnoVUELVASaTOMAR tuMERIENDAenESTEcontinenteJAMAS



QUIZÁSnoVUELVASaTOMARtuMERIENDAenESTEcontinenteJAMÁS

ESTE TEXTO ES UNA CARTA.....3

I. LAS CORONARIAS NO TIENEN QUIEN LES ESCRIBA

APUNTE 1: CIEN VECES CIEN AÑOS DE SOLEDAD.....5

APUNTE 2: CRÓNICA DE UN FAJE ANUNCIADO.....15.

APUNTE 3: A MALA HORA.....21

APUNTE 4: EL AMOR ENTRE TIEMPOS DE CÓLERA.....27

II. EL OGRO MONOGAMO

APUNTE 5: EL LABERINTO DE LA SOLICITACIÓ.....31

APUNTE 6: LA INVENCIÓN DE MORELIA.....34

APUNTE 7: EL JARDÍN DE LOS CARIÑOS QUE SE BIFURCAN.....40.

APUNTE 8: QUIZÁS NO VUELVA A TOMAR TU MERIENDA

EN ESTE CONTINENTE JAMÁS.....43

III. MI PROPIO RETRATO DEL ARTISTA ADOLESCENTE

APUNTE 9: EN BUSCA DEL TIEMPO PODRIDO.....46

APUNTE 10: TIERRA MÁS QUE BALDÍA.....48

APUNTE 11: LA OBEDIENCIA NOCTURNA Y HUMEDA.....51

APUNTE 12: CONFESIONES DE UNA MASCARA

(CONTRA CABELLERA).....52

IV. POSDATA.....53

Verdi descubre en el sanguinario Atila una vía musical, con raíces en Alemania más que en Italia. Gabriel Fuster voltea a ver, en el patio de las butacas, "el silencio de los inocentes". Y el crítico, ¿qué hace? Ríe, y brinda después de la función. Pospone la redacción de una historia de la vida cotidiana en los años setenta. Sobre todo, mientras el mundo descansa, lee.

ESTE TEXTO ES UNA CARTA

Son palabras privadas. Ya no importa cuándo las vanidades de los lectores y de sus interlocutores -los autores- llevaron a la publicación desenfrenada de cartas. Y cuándo algunos coleccionistas de fetiches decidieron premiar tal acto. Ya no importan las bibliotecas sino las cajas de cartón donde abandonamos todas las noticias viejas. No importa quién fue el primer escritor que se quedó sin destinatarios particulares.

La calle se llenó de lectores, que dejaron de leer.

¿Para qué dejarse enredar en el cerebro un spaghetti de palabras y permitir la cola de una salamanquesa asomada en el oído?

La conversación va formando un retrato del que habla. Y el oyente recuerda lo que sabe de su interlocutor cuando, al volverlo a encontrar, le contesta el saludo: "Buenos días", y piensa: "Es Gabriel", "Es Jaime". O, mejor, es Atila, de Verdi.

Para seguir, hay que preguntarle a usted, lector, su nombre. Y, como en algunos programas de computadoras, agregar: "Es Gabriel", "Es Jaime", "Es _____". (Favor de anotar su nombre.)

¿No sería todo esto el mejor pretexto para acabar con la literatura?

Si mi literatura es un texto privado, los participantes deben escribir sus propios retratos (relatos): mandar sus datos, invitarnos un café, contarnos sus más recientes ideas acerca de la vida, como Woody Allen, ya anciano, que vuelve a enamorarse de una adolescente en Esposos y esposas. Y sobre todo tienen que participar con una carta, con su respuesta, con su versión de los hechos.

Por ejemplo, Gabriel escribió en su carta sobre una época que podemos ubicar en los años setenta. Los lugares son el puerto de Veracruz, Xalapa, Coatepec, algunos otros. Y quienes han retenido las señas de la cultura de ese período querrán, sin duda, anotar al margen algunas variantes. Las páginas de Gabriel lo permitirán porque él propone el juego, y tienen un buen humor envidiable para llevarlo a cabo.

Quizás cuando el lector lloraba, Gabriel Fuster se enfrentaba al mismo conflicto como se enfrentaba al mismo conflicto, como si se tratara de molinos de viento.

Cortázar sabía mucho de esto: el criminal abandona el libro y asesina al lector, pero también estamos en peligro los demás, porque estamos leyendo.

La escritura, de esta manera, es como cualquier plática. Por ello lo que importa es la continuación, la respuesta del lector, sus propias experiencias. En realidad, esta literatura se resuelve siguiendo las instrucciones, como un modelo para armar.

Adivinar quién será nuestro lector hace posibles las cartas. ¿Usted desatiende lo que el cartero deja en su casa? Bien. Esperamos su respuesta. Piense que todavía hay quienes creen en usted, amable lector. Despreocupémonos de los motivos del artista.

Jaime G. Velásquez

Mayo de 1993.

I. LAS CORONARIAS NO TIENEN QUIEN LES ESCRIBA

APUNTE 1: CIEN VECES CIEN AÑOS DE SOLEDAD.

No obstante mi ignorancia en mujeres desde los finales idos, siempre he mantenido la medieval creencia de que el hombre mientras más sufrido es, más romántico parece.

-¡Mejor no debiéramos hablar sobre estética por el momento! -sentenció Amelia.

Me mostraba proclive a acceder a tal petición, principalmente porque ignoraba que significaba la palabra estética, pero entonces reconvine:

-No, adelante...tú me enseñas algo acerca del ilustre Don Tales de Mileto y yo te hablaré a cambio cuánto sé sobre *Mr. Shocking Tales & Milestones.*

-Está bien -ella responde con su cara llena de gracia e incapaz de darme alguna pista respecto a las puertas abstractas de la parte posterior.

En la medida que entrábamos a su casa, mi optimismo volvía a mezclarse con el destino. Yo recuerdo que, cuando me dieron la noticia de que los hombres cambiamos sin mejorar, mi mecano entró en coma.

-El es Gabriel - dijo Amelia a sus papás.

-Tu nombre me da paciencia para rezar el rosario -exclamó su papá.

Sus papás abandonaron la habitación, dejándonos a Amelia y a mí sentados tibios sobre el sofá: juntos como se incitan dos imanes fatales. La miraba como supone un asesino escondido y ni duda había de que yo me hallaba poderosísimamente atraído por su coeficiente intelectual, aunque ni siquiera hablara.

-¿Tú crees que repiten menos comerciales repetidos cuando el televisor está descompuesto? -rompo el silencio de un pinchazo.

-¿Para qué?

Hice una pausa para tratar de controlar los nervios.

-¿Cuál ha sido tu partido favorito? -ella inquiere.

-Vi el del campeonato de liga por el canal 2...

-Me refiero a los políticos, por supuesto.

-Tampoco voy a esos.

Ella ríe y se disculpa modestamente. Yo confirmo mi don para ser divertido aún en los momentos de desventaja.

-¿Te gustan las fiestas? –me pregunta.

-Sí, pero con sus reservas...

-¿No te gusta bailar?

-Únicamente para atraer la lluvia....

-Gracioso....

-¿Me aceptas llevarte a una fiesta de mi escuela?

-Diría que no me encuentro interesada por el momento...-contesta con la mirada extraviada.

¡Hela allí! ¡Una mujer con marcas de biblioteca por todo el cuerpo y adolescencia en una caja de vidrio! ¿Por qué me encontraba yo sentado a su lado? ¡Por la llana razón de que una relación entre un hombre y una mujer jamás tiene sentido!.

-Amelia, deja que te corteje sin lamentos esta única vez y acepta siquiera ir al cine conmigo...¿sí?

Ella sonrió...pero con esa clase de sonrisas donde el corazón no se halla instalado debajo para evitar el dolor de una caída, luego empieza hablar del jamás y se mira al vientre haciendo planes.

-¿Qué película?

-Mmm, probablemente la matiné del *Piccollo*...

-¿Para qué?

-*¡Para qué!* - exclamé, quizás porque el subconsciente se preguntaba para qué me hallaba sentado en la punta del alma de esa mujer, cuando podía estar en sitios más placenteros, como la plancha de la *morgue*, por ejemplo.

-Creo que ya es tarde, Gabriel -dice, observando su Cartier- Gracias por tu visita, ha sido una tarde muy agradable.

¿En qué momento? Yo quisiera preguntarle. *¿Por que no me incluiste en el paseo también?*

Al contrapeso de los pensamientos melancólicos que me persiguieron por la ciudad que amo, abrí la puerta y, a prueba de los cimientos de su casa, sostuve que aún me gustaba y mi sexto sentido se preguntaba si habría un espacio en nuestra relación para dar cabida a su repudio por mis juguetes, mis fiestas y mi futuro profesional, dada sus palabras de despedida:

-No obstante tu vulgaridad, me pareces un muchacho divertido. Quizás sí te acompañe al cine uno de estos días...

Hombres y mujeres son diferentes. Una diferencia más profunda que la simple capacidad para tener bebés. ¿Cómo es posible compartir este mundo con tales extraterrestres? Al menos vivir en las tinieblas del televisor descompuesto es peor.

Las coronarias no tienen quien les escriba...

Toda vez que la autodecepción representa el corazón del mismo cuerpo de enamorarse, quizás la mejor educación sexual en esa edad donde las muchachas representan

una preocupación ínfima, casi equivalente a una astilla enterrada o un piquete de mosquito, es aprender ante todo la sociología del juego de la botella.

Los giros de la botella, una ruleta proponiendo a que el cielo cambie de lugar, reúne a muchachos y muchachas sentados en círculo, en medio de la fiesta e inicia la suerte cuando una mano de los participantes da giros a una botella sobre el suelo liso, entonces le toca besar a la persona que se halla señalando la orientación de la boquilla al hacer alto total...por tanto queda la consideración de perder o ganar dependiendo de que el lado de la boquilla quede estacionado en alguien agradable o desagradable y dentro del sexo más conveniente que nos susurre el secreto.

El primer beso: este significaba todo en los cuatro horizontes y tanto atmosférico por esos días. Precisamente porque nuestra generación jamás dio testimonio de sexo horizontal, ya en la pantalla grande o la chica. El beso era uno de los calores más importantes en nuestras mentes: Era la emoción última. En la época glacial los labios eran abismos. Vino el deshielo y se sonrojaron las mejillas de una muchacha envuelta en cristales de invernadero. Y no hay más nieve que impida ir lentamente impulsado en dirección de sus labios, mientras pasa de poro en poro la aguja del amor!.

Yo no alcanzo a recordar la primera vez que usé lentes, pero tengo aún el bostezo empañando los cristales de la primera niña la cual estuve ciegamente enamorado y a quien le confeccioné una sortija de compromiso en el mareo submarino de destapar latas de Coca-Cola sobre la banca de un parque. Algo de brindis como señal de que ella era la única mujer en el mundo reservada para mí, algo de creer en las bancas son cunas de faraones.

Otro juego de besos que vívidamente recuerdo era uno llamado "Siete minutos". Y las reglas eran más o menos así: dos jugadores eran encerrados dentro de un closet, donde el grupo externo suponía que éstos rehenes en gerundio hallarían celestial asunción en tanto

completan la fase de siete minutos besándose. Por supuesto, no existía mayor eternidad en el interior del venerado mueble que la parejita preguntándose en sus febriles cabezas ¿por qué siento más miedo que pasión? Por tanto los siete minutos de asomo al jardín de las delicias se convertían en cinco machacando pelotas de alcanforina y los dos restantes en alguna plática sofisticada como ésta:

-Bonito clima el que hace aquí adentro...

-Sí, la primavera de las gabardinas...

La obscuridad de los boletos de los cinemas en ciertas tardes también solía disturbarme con escenas de sexo, por ejemplo: Allá en el rancho grande, el charro suele besar más seguido a su caballo que a la actriz principal. Nunca pude comprender tan veterinario romance de ésta y otras películas mexicanas, dado que las mujeres a las que estos charros evitaban besar estaban chulas, sí señor. Sin embargo, mi experiencia personal a la par de estas funciones fue con tres o cuatro chicas que honestamente parecían caballos lejos de Amelia. Después de esto me hice a mí mismo un pacto: "La próxima fiesta preferiré un tonel de embriaguez a la botella...."

Amor es la habilidad para vivir en el mundo de otros.

La primera vez que la ví, ella cruzaba la calle en dirección a Santa Rita y por un brillante segundo nuestras miradas se encontraron. Bueno, quizás el momento estuvo más cercano al oropel, dado que el cruce entre ambos fue tan fulgural como un par de partículas dentro de un bombardeo atómico, pero al menos tuve la seguridad de que sí me había visto...más o menos con la misma atención que hubiera tenido para el poste de luz, el semáforo en luz verde o para una atarjea; O ¿había algo más de noticias frescas que especulaciones? Yo

empecé a soñar despierto respecto a Edith y partir de aquel día, el mundo me pareció un mejor lugar, especialmente en el cruce de España y Colón.

A pesar de no haber existido *holas* de por medio, salvo los escurridizos reojos ganando tiempo, cada vez que se repetía la escena en la misma encrucijada (¡psssst, inmediatamente averigüé que vivía por ahí cerca!). Por un periodo de largos días, su sola mirada era suficiente para sentirme adormecido con cielos de nubes bajas, porque mayores alturas estaban aún por venir. Una noche, en una fiesta de paga, me paré frente a su silla y la invité a bailar. Empecé esa conquista con una combinación de desdoblamientos toreros con la palma abierta y la mirada suya en reciprocidad como de bicho raro. Posterior a una primera negativa y adivinanza de muerte, volví a enfrentarla en la escuela (¡Pssst, inmediatamente descubrí que iba dos grados más abajo!). La aventura se desnuda de su traje de oro de un lado al otro del pizarrón.

Deliraba frenético:

Yo: Fíjate que me gustas mucho...¿Quisieras ser mi novia?

Ella: (Como si oliera excremento viniendo de sus espaldas) Ja, preferiría tener caries.

Buscando la tesitura de otra fiesta que jamás llegó, todo cuanto llegué a acariciar fue la foto monumental de "Sociales" y ese sopor continuo haciéndome hamaca los dedos a medida que pasaban los días y sus noches. Al fin, decidido a que no podía seguir viviendo de ese modo (¡Psst, inmediatamente me enteré que el chambelán en el recorte no era su hermano!), fue que escribí una exposición de motivos (¡psst, aunque con seguimiento de confesión dirigida a su constante mejor amiga!), y que al tenor decía:

"Por favor, no me delates...pero, ¡Por lo que más quieras, averíguame que piensa de mí!"

A la mañana siguiente y bajo las propiedades de estafeta, la nota pasó de mano en mano y dio comienzo a la más larga espera de mi vida. Dos días después, en la cafetería al atuendo del estudiante, la Celestina con acné en la cara deslizó una respuesta dentro de mi libreta "Scribe", una de esas que únicamente llevan tres dobleces, por lo que inmediatamente la puse en mi bolsillo sin siquiera haberle dado un vistazo. La tarde entera fue una almadía sin destino con la cabeza sumida en las manos pero, a final de cuentas, la cruda sentimental resultaba más evidente que el coraje, así que desdoblé el recado y leí:

"Le pareces simpático"

Ni siquiera un repentino paludismo pudo haberme elevado la temperatura un ápice en ese instante. Había sido llamado de muchas formas, pero "simpático" no era una de ellas. Un grado extra de calor conmovió al termómetro cuando a la mañana siguiente, ella me sonrió. Sonreí en reciprocidad. Entonces escribí mi siguiente "entrega inmediata" para el buzón con frenillos:

"A mí también me parece simpática, pero ¿Qué más dice de mí?"

La respuesta llegó como si por DHL y sonaba algo así:

"Dice muchas cosas de ti, especialmente cuando te hayas espiándola"

¡Música en mis oídos! ¡Imagínense, ella hasta sabía que yo la espiaba con mi catalejo!.

Los próximos encuentros fueron con sonrisas más prolongadas, mientras tanto dibujaba en el espejo el borde invisible de mi siguiente estrategia; Aunque, de vuelta al particular punto de cuadrícula de "Telégrafos de México", fue entonces que lancé mi más ambiciosa pregunta de todas:

"¿Es cierto que tiene novio?"

Cuando desplegué la respuesta al otro día, durante el pasatiempo de las hojas dobladas de los libros, sentí el aire escapárseme más rápido de lo que se escapó del Hinderburg:

"Afirmativo"

Luego de recuperarme al desvanecimiento, me consolé a mí mismo repitiéndome que al menos me consideraba simpático, bueno, el segundo hombre más simpático del mundo...pero quizás porque mi amada no había visto aún cercanamente la mejor biografía que ofrecía mi persona. Una vez más, me senté en mi pupitre y escribí:

"¿Cuánto consideras que dure ese periodo de prueba? ¿Tendría entonces alguna oportunidad de ser el siguiente?"

(Pssst, nótese la dignidad y elegancia de mi ultimátum.)

Mi dignidad tuvo un pequeño calambre con la siguiente respuesta:

"Ella piensa terminar su relación aproximadamente en una semana y en punto de las 6 de la tarde, pero ya le prometió a Daniel salir con él"

Repentinamente mi abatido corazón se encontró de nueva cuenta haciendo cola en la ventanilla de la vida. Lo peor de todo que ésta parecía conducir al cheque de jubilación. Pero en el fondo me obstinaba en pensar que también superaba a Daniel en simpatía.

Establecida puntualmente la transición con Daniel, no me quedó más que sentarme a esperar pacientemente el primer síntoma de indigestión sentimental, procurándome todo el tiempo la abstinencia de intervenir en ese proceso, ya que Daniel constituía en sí un elemento catalizador muy beneficioso para mi salud. Luego, una magnífica mañana, recibí las palabras mágicas:

"Me dice que desearía tener una pequeña charla contigo"

Yo escribí solicitándole una prórroga hasta la salida de clases. ¡Cielos, ella aceptaba mis condiciones!. Todo sonaba a un pacto del Atlántico Norte. El momento de la cita se cumplió y yo rompí el silencio de los cachetes sonrojados primero:

-¿Edith?...

Su respuesta fue igualmente poética:

-Qué tal...

-¿Te importa si te acompaño hasta tu casa?

-Depende...si me cargas los libros.

-Clarines

Así, en la confidencia de que nuestra relación avanzaba por buen camino en dirección a su casa, me atreví entonces a propasarme:

-¿Te gustaría ir al cine el sábado?

-¿Por qué no?

Mientras tanto la gente se nos quedaba viendo. Unos, prendidos por su belleza, otros prendidos de coraje...lo que confirmaba lo especial que era ser el enamorado de una visión como ella, aunque la suya estuviera encomendada a la miopía del buen gusto.

Cuando llegamos a su puerta, tomé una decisión:

-Entonces paso por ti el sábado.

-Bueno.

Cuando el trabajo continuo de los días cruzó el plazo fijado, yo la conduje de la mano hasta el último cinema en la ciudad con permanencia voluntaria. Dos pensamientos elementales ocupaban mi mente al momento de ocupar las butacas: No sentarme en un chicle pegado y comportarme como un caballero. Por ello, no la agarré de la mano sino que le pasé el brazo por detrás del respaldo con una posición más tendiente a la gangrena que al

afecto, con toda mi sangre corriendo con fatiga lejana...no tardo en entumírseme. No podía, de ningún modo, bajar el brazo o esto significaría indiscutiblemente que ya no la quería. Así que ahí lo mantuve durante dos funciones corridas, aunque sintiera que las puntas de los dedos estaban creciendo a anémonas con alfileres.

De pronto, este trance de amor se complementó con otro no mayor extático: Me estaba orinando. Resulta ocioso advertir lo cansado de vivir en cada pétalo de la margarita de la continencia, puesto que anteriores grandes amantes no pasaron a la historia con confesiones tales como: *"¿No es verdad, ángel de amor, que en esta apartada orilla, si me aguanto las ganas, se nos empapa la silla?"*. O algún: *"¿Romeo, Romeo...abre la puerta que casi me meo"*.

¡Pero qué protagonista de la pasión resultaba entonces en ese momento!. Mi brazo estaba inerte, mi vejiga más repleta que el corazón y, para terminarla de chingar, sin quinto en las bolsas...pero necesitaba urgentemente alguna excusa para siquiera cambiar de posición, así que murmuré al oído: "¿Quieres palomas?"

-No- contestó secamente.

-Bueno, yo sí...

Cuando traté de erguirme, cada parte del cuerpo obedeció al impulso excepto mi brazo: estaba completamente muerto. Con la otra mano lo levanté por la muñeca con dos dedos y discretamente lo adosé al costado.

-¿Qué te pasa?

-No, nada, muñeca...es solo que me quiero llevar ambos brazos conmigo para cargar los refrescos.

Minutos después, ya no lograba reubicarla entre las butacas. Fue entonces que ella se me aproximó por las espaldas, proveniente del baño también. Era bueno saber que

teníamos otra cosa más en común. Ella me sonrió y luego volvimos a tomar nuestros lugares a esperar el intermedio con su intenso sepia de película carcomida.

APUNTE 2: CRONICA DE UN FAJE ANUNCIADO.

Aunque entre mis primeros amores y yo no hicimos más que pasearnos de la mano, mi andar optaba por los prodigios esparcidos en el resto del cuerpo. No obstante, fue hasta cierto día que oía discos sentimentales en casa de mi amigo Enrique, que tuve un diálogo revelador por ambas caras:

-¿Así que estás saliendo con Patricia?

-Sí- respondí con fingida distracción bajo una pócima de amor.

-Bueno, y ¿a poco ya?

-¿A poco ya qué?

-¡Ya, ya, ya...no te hagas!

-No, ¿Ya qué?

-¡Pos fajartela, pendejo!

-No, ¿Qué es eso?

-¿No me digas que tienes novia y no te la has fajado?

-Bueno, bueno...es que apenas me acaba de presentar a sus papás.

Decía esto con la finalidad de cambiar el asunto de la conversación, ya que de "faje" conocía lo mismo que de las islas "fiji". Sin alardearlo en el presente imperfecto, la palabrita no era totalmente desconocida, aunque jamás la ponderé...puesto que mi interés se concentraba exclusivamente en el rostro de las muchachas. Debo anotar que en algún argumento anterior a la idea de novela caballeresca, luego de que una muchacha le picotea el ojo, Enrique exclama:

-¡Ah, como para ponérmela de piernas al hombro!

-¿Se acerca algún desfile o qué?- le pregunto.

Ahora Enrique volvía a repasar su ametralladora verbal sobre los cuerpos y el tema de conversación era Patricia.

-Si ya tienes novia, ¡tienes que fajartela!

-Naturalmente...sólo que me he esperado a mi primera tarjeta de crédito.

-Me cabuleas...¡no te la has fajado!

-Bueno, no...porque ambos queremos llegar vírgenes al matrimonio.

-¿Cuál virgen? ¿cuál virgen? Si yo sé de buena fuente que a Miguel Rodriguez ya le dió su fajezote en la alberca de su casa...y hasta pospusieron para "clavados" su siguiente encuentro.

Con incertidumbre de ser vivo, corrí a pegarme del timbre de la casa de Patricia y sin reparar en el número de estrellas pisoteadas por el orbe en las espaldas. A causa de la interrogación sin manto en mi boca, quizás mis primeras palabras fueran menos diplomáticas que si muriéndose de frío:

-¡Así que andas dando fajes a cuanto hijo de puta!

-¿Qué?

-¡Que sé que anduviste dándole su faje a otro cabrón!...

-¡Tu estás loco...yo no he visto a nadie desde ayer!

-¡Yo sé que Miguel Rodríguez ganó el campeonato de nado de pecho sin agua en tus brazos!

-¡Pues me tiene muy sin cuidado si Miguel Rodríguez se sacó toda una quiniela o no...yo soy una muchacha de alcurnia!

-Bueno, entonces dame respiración de boca a boca...para que se me pase el coraje.

-¡Como crees...mi mamá está allí adentro!

-¿Entonces cuando?

Ella hizo una ligera pausa, repasó sus cuentas mentales y me concedió cita:

-El sábado.

-Buena fecha...ese día estoy libre. ¿En dónde?

-Aquí

-¿Aquí? ¿Y tu mamá?

-Ella se va trabajar

"El trabajo os hará libres" pensé poéticamente. El resto de la semana, quemé el tiempo entrevistando a más de una docena de gurúes callejeros acerca de las flechas visuales del tópico: "Los fajes: Su *boom* y el triunfo de la repetición". Ya parecía el Joseph Goebbels de la perversión: recogiendo las muchas constantes y variables de la historia universal del faje en un campo unificado de verdad. Desde luego, una narración escueta de este "Der Angriff" sonaría más o menos así:

-Disculpe, ¿Usted ha dado algún faje?

-Sí, por supuesto...

-¿Cómo se las arregla para darlo o recibirlo según su conveniencia?

-Eh, pues...lo normal.

-¿Quiere decir que hay modos anormales también?

-Si...pero yo opto por el modo normal siempre, claro.

-Bueno, ¿y quién no?

-¿Los eskimales?

Carente de valor para replantear la ambigua definición de los "fajes del oficio", paso a superar la vergüenza, velada y descubierta, de desabotonarle la blusa a Patricia y después

no saber qué hacer. Mejor dicho, mi egomanía empieza por confundirla mediante los metódicos ejercicios por desvestirla totalmente.

-¿Sabes lo que estás haciendo? -inquiere.

-Ya se me olvidó...

Precisamente para no convertir ese momento de éxtasis en una sesión de preguntas y respuestas, ensayo y error, corro al estanquillo más cercano para hojear un "Mecánica Popular" en busca de otra vía infalible, pero en aquellos inocentes días lo más erótico puesto de venta al público era "Hermelinda *Linda*". Y por lo que hace a los libros clandestinos de Xaviera Hollander, éstos no traían ilustraciones.

Cuando el día sábado llegó, me encaminé a casa de Patricia con algo más que un derecho al faje, avalado de encuestas, a cuestas. Dentro de mis investigaciones concluí que algo tendría que ver con el sexo exigido por la Iglesia y también concluí que no quería nada al respecto por dos simples razones: Patricia podría salir embarazada y su Papá me mataría o Patricia no resultaba embarazada pero su Papá la mataría.

Advertido de este dilema, me prendí largamente al timbre de la puerta.

-Hola.

-Hola.

Mi corazón se quería salir del pecho porque en verdad quería a esta mujer y no me era posible concebirla como mero envase tumefacto de lujurias. Me precipité al interior y ella cerró la puerta con el cuerpo, luego giré muy cruzado de brazos y ella tomó el arrebato más pasional, si se desea competir dignamente en este mercado carnal: ¡Se abrió de un golpe la blusa!

¡Ahí estaba Ella...con todo su esplendor glandular! ¡De no haber conocido algunos similares durante mi periodo de lactancia, ya estaría del otro lado de la ventana y abajo

sembrado...pero la vista de este par de bellezas naturales era de una fascinación casi comparable al espectáculo de los cenotes de Mayapán o las pirámides de Chichén Itza!"

"¡Helos allí!", fue lo que pensé. "¡Y una forma de favorecer la natalidad en la medida que cada quién obtiene su deseo!"

Erráticamente extendí mi mano izquierda y, siguiendo las instrucciones del corazón en el lugar de mi extremidad, cerré su blusa delicadamente para indicarle que venía en son de paz. Entonces nos estrechamos con ternura por un buen rato.

-"!Oh, no!"- exclamé enseguida, recobrando mi posición. "¡Me tendrás que disculpar...ya me tengo que ir!"

-¿Por qué?...Si no hiciste nada malo. ¡Bueno, tampoco hiciste nada bueno...pero apenas empezábamos! ¿No?

-¡Recordé que tengo que lavar el coche o mi papá no me lo prestará para ir a fajarnos al Boulevard!"

-¡Me temo que es sólo un pretexto para no hacerlo!

-¡Claro que quiero...por eso mantengo el gesto de un emperador romano tras una noche de orgía!

Aturdida en mi lógica por un par de segundos, ella se mostraba callada en tanto masticaba su respuesta.

-¿Estás seguro de saber por qué estamos aquí?

-¿Bromeas?...¡He estado en estas situaciones desde que tenía diez años! ¡Para mí es como salvar la tercera *equis* en el gato garabato! ¡Además, bien burlaríamos la equis de la lasitud al centro en la certeza de que tu mamá se nos fué a trabajar de voluntaria a las misiones de paz al África!

-¿Entonces cuándo?

-Qué tal si para carnaval...

-¿Y volviendo al carro de tu papá como pretexto?

-¡Ni por los alegóricos!

Y así deje atrás a mi amada Patricia -quién probablemente quedó lista para asumir los votos religiosos- para retornar a mi preferida sesión de discos en la casa de Enrique.

-¿Con qué estuviste con Patricia?- preguntó llegando.

Con una lenta sonrisa de satisfacción, repliqué:

-¡Aaaay, qué dolor de *güevos*!

-¿Ah, sí? ¿Qué no estuvo bueno?

-"Bueno" se quedó muy corto...

(Pensé que el calificativo era más bien "desconocido", pero no quería privar a Enrique del privilegio de manejar mis futuras carteras sementales, digo, sentimentales dentro del sector privado.)

-¿Y te veniste?- preguntó Enrique casi al borde del aplauso.

-¡Me vine, me fui y hasta le di la vuelta completa!

-¿Y ella?

-¡Hey, no hay que precipitar de golpe todas las cosas...se debe procurar un poquito de romance ante todo!- comenté.

-¡Cómo eres, loco!...pero dime, ¿Cómo lo hiciste?- interrumpía Enrique. Ya corría desbocado sin poder diferenciar la anécdota de la morbosidad.

-¡Pues si tú no sabes el procedimiento, yo no te voy a decir...ve y pregúntale a tu mamá!

-¿Y cómo crees que lo voy a preguntar eso a mi mamá, pendejo? ¡Dime, por favor!

Me dí media vuelta y caminé a la puerta. Giré la perilla y volteé con los diecisiete rostros de mi seriedad maquiavélica y exclamé:

-¡Del modo más normal, por supuesto...!

APUNTE 3: A MALA HORA

Visto los aplausos de una bienvenida de puro gerundio, pian pianito crucé el umbral de la segunda década de existencia saltando de muchacha en muchacha, sin finalmente conseguir terminar ahogado en las albercas del beso por completo. Era únicamente sobre la pista de baile cuando podía tener a una muchacha por más tiempo entre mis brazos (en mis pesadillas, cualquiera que yo intentaba estrecharla, posteriormente moría), así que me puse a entrenar lo más duro posible para siquiera mejorar mi calidad de baile. Mi maestro inmediato resulto ser un vecino llamado Salomón, que quizás no sabía cuál era la capital del estado, pero conocía perfectamente los dos ritmos de moda: el *Bumping* y el *Hustler*. Cualquiera, aún los ex-novios de Patricia, podían conducirse en una balada romántica sin más alarde: simplemente te reclinas en la pareja y empiezas un movimiento de ondulación pélvica como si se viajara dentro de un autobús lleno de pasajeros en pie. *Bumping* y *Hustler* son otro rollo.

Para el *Hustler*, específicamente, se rodea a la pareja estacionaria, tratando de permanecer en órbita y disimulando el rictus de ir venciendo la fuerza centrípeta en el ciclo. Luego, dando una sensación de estar ajustando una camisa de fuerza imaginaria, se pasea a la pareja alrededor de la pista y entonces se le retira de un impulso; ésta gira sobre su propia humanidad, pero no se pierde de la suerte pues se mantiene un contacto permanente con su muñeca...haciendo posible su recuperación en viceversa. Si se hace acompasado dentro de una Discotheque, el ejercicio luce vistoso gracias al número de repeticiones que se

intente...como si todo se tratara de un yo-yo humano hasta el hastío. Si no se hace apropiadamente, parece como si cambiaras la cadena a una motobomba de agua de mala gana.

Mi estudio cansado de estas danzas tomaron una nueva directriz desde la mala hora que mi papá llegó a casa y encontró a Salomón abrazándome enmedio de la sala.

-Hijo -solemnemente dijo -¿Puedes explicar esto?

-¡Sí, claro...primero giras en redondo y te retiras cuatro pasos rápidos sin soltarte!

Al siguiente día, cambié de maestro y empecé a tomar lecciones con mi hermana. Definitivamente es una bailarina innata...aunque constantemente sintiera la inclinación de mandarme de paseo.

Esa fiesta en casa de Alejandro Contreras sube a esconder en Saturno mi último momento de inocencia. Hablo del mismo júbilo y fuga que todos los niños suelen poseer justo antes de hacer la transición del cordón al condón. Suspenso en un falso anillo a la orilla, no solo aprendí a bailar y conversar todo a un tiempo, sino que empezó la búsqueda por la yumbina, algo así como un hilván de saliva en la música discreta de las vacas.

Por el tiempo que alcancé la mayoría de edad y el conocimiento de qué estamos hechos y cada palmo sobre sexo se podía tener aprecio, también me consideré a mí mismo tan enano y ñengo que adivinaba la imposibilidad de festejarme entonces en la desnudez de cualquier chica, no obstante mi firme besar de una ventosa. En cierta velada, Paco Girón nos habló respecto a la yumbina, un afrodisíaco tan potente que era capaz de excitar a la madre Teresa, aún al lado de Carlos Monsivais.

-Tú le das esto a cualquier chamaca y verás que casi se te encuera enseguida...

-¿Y como se lo suministras? ¿En un sandwich o por cerbatana? -pregunto.

-¡No, buey, solo le infiltras unas gotas en su coca-cola y ya está! ¡Pero tienes que ser cuidadoso con la dosis correcta o si no la verás morir en muertes sucesivas de lujuria, incluso con el estómago lleno!

-¿Cómo voy a saber balancear la dosis que necesito entonces? ¿La indica la botella?

-Basta con que veas que se te empieza a quitar la ropa...

-Yo he oído por ahí que es más efectivo el piquete en un glúteo con la astilla del cuerno de un rinoceronte... -sugiere Jorge de la Parra.

-Puede ser...nomás que es más fácil conseguir rinocerontes en África, que aquí en Veracruz. Yumbina es lo que usan los rancheros para el ganado.

-¡Que bárbaro! ¡Entonces le voy a empujar un vaso entero a Belem Alvarez!

-Bueno, y ¿cuánto cuesta?

-Algo...no estamos hablando de que van a comprar *chiclets*.

-Y estos rancheros, ¿aceptan pagarés a cambio?

-Lo dudo. Yo creo que esperarían dinero en recompensa. Al caso podemos hacer una "vaquita" entre todos.

Poco días después vendríamos cantando por una misma senda de regreso de nuestro viaje educacional, netamente agropecuario, a Medellín, Enrique Rodriguez escondió el paquete clandestino dentro de su closet, mientras el resto esparcimos los pasos hacia otros preparativos de nuestra fiesta inolvidable a las niñas en las niñas de los ojos. Pudo haber tenido verificativo en mi casa, pero me desagradaba la idea de convertirme en la cuarta pared cuándo el afrodisíaco hiciera su efecto. Finalmente, optamos por la casa de Alejandro, y luego de convencer a él y su mamá de que una fiesta saldaría su futuro social por todos flancos.

-Con todo gusto, me gustaría que mi Alejandro conociera algunas muchachas agradables...

Y sí qué tendría la oportunidad, pero no en esta fiesta. La cual fue diseñada para honrar a las muchachas con cierto potencial en depravación. Por ende, justo cuatro horas antes de que empezara la misma, cuatro integrantes de la banda nos reunimos en casa del gordo Alejandro no precisamente para ayudarle a doblar servilletas, sino planear el mejor modo de suministrar aquellas hormonas de la canícula.

-No pensé que esto se tuviera que untar- se mortifica Enrique Huber con la pena de sus dedos palpando el empaque aluminio.

-¡Agarra la onda, loco!- exclama Sergio Thompson, oliscando el polvillo blanco - ...¡también se los podemos presentar como talco Ossart!

-¿Estás seguro?- pregunto.

-¡Ándale, pendejo, ponlo en las cubas!

Tras hacer las mezclas básicas de Bacardi y Coca-cola, añadimos una pizca del preciado polvo y lo revolvimos con un dedo...pero este jamás se disolvió y la apariencia que tomaba era como de una nata de hongos.

-Cualquier chamaca puede ver eso- dice Alejandro - ¡no va a funcionar!

-¡Tiene razón!- lo secundo -¡Ninguna de las chamacas va a querer tomarse esto, a menos que estuviera verdaderamente sedienta o con ganas de morirse de a deveras!

-¡Bueno. Entonces se lo esparcimos a unas galletas! ¡Al fín y al cabo parece azúcar *glasé*!

-No lo creo. Más bien parece Mennen.

Para ese entonces, las chicas empezaron a llegar puntualmente a las 8 p.m. y, en la medida que desfilaban, yo me preguntaba a mis adentros cual sería la degenerada de

preferencia de mis sueños más tarde. ¡Puf, todas ellas eran las mismas niñas de anteriores fiestas menos químicas! Y, cuándo las primeras danzantes ocuparon el centro de la sala, mi mente había desaparecido con un disparo de Bacardi.

-¡Por fín, ¿qué decidieron hacer con la fórmula secreta?-apura Alejandro con un fiero susurro.

-¡Regresaron a la cocina por las galletas!- advierto.

-¡Ojala se apuren...porque lo que menos quiero hacer es bailar!- comenta entredientes.

Minutos después, la bandeja es entregada a mí y yo empiezo a ofrecer galletas entre la concurrencia impulsado por dos empujones de casual desesperación.

-¡Vaya que están deliciosas estas galletas! -le digo a Nelly Fernandez-¿Quieres una?

-No, gracias- me responde.

-¿Por qué no?

-¿Debo dar explicaciones?

-No y tal vez sí...en realidad, estoy en plena recolección de sugerencias a veinte y treinta metros alrededor...

-Bueno, pues no se me antojan...

-¿No ves como te cierran el ojo? ¿Eh?

-No quiero...

-¡Te lo suplico!...

Probablemente mi estampida aficionada de sugerencias debía ser con mayor tacto, pero se trataba del primer afrodisíaco que abastecía en mi vida.

-¿Que tú las hiciste o qué?

-Digamos que metí la mano en parte de su elaboración...

-¡Qué lindo! ¡Me agradaban los chicos libres de prejuicios para entrar a la cocina! ¡Te tomaré esta grande para que veas que soy buena!

Tomándola de la bandeja, le dio una mordida totalmente melindrosa y luego puso el resto de la pasta en su lugar.

-No soy muy afecta al mazapán...pero fue un lindo gesto de tu parte.

-¡Le puedes dar una lamida sólo a la azúcar de encima, si quieres!

-¡Iba a ser muy mal visto en esta fiesta!

-¡O prefieras usar el espolvoreado para una rápida pulida de dientes!

-¡Oye, estás muy raro!...¿Te pasa algo malo?

¿Qué si me pasaba algo malo? Nena, se trata solo de este sentimental deseo de provocarte un orgasmo a quemarropa.

En otros rincones de la estancia, el resto de los conspiradores tampoco se jactaban de tener mejor suerte. Aunque las chicas comían de las galletas, éstas permanecían tranquilamente vestidas.

-Esto no funciona, Sergio - comento el anfitrión.

-Lleva su tiempo...

-¿Consideran que debiéramos prolongar la fiesta uno o dos días más? -propongo a la mafia que ocultaba una de las bocinas.

Pero la fiesta se hallaba tiernamente deprimente y pasando a su etapa de agonía. En definitiva, la droga jamás funcionó o ninguno de nosotros tomó las precauciones prescritas por la Unión Ganadera del Centro. Nuestro experimento terminó desahuciado en su secreto, aunque presiento que la mamá de Alejandro llegó a tener sus sospechas con la mejor defensa del olfato.

-Sabe como a Maizena- concluyó Alejandro -...espero que de a perdido no me pique ninguna muela.

APUNTE 4: EL AMOR ENTRE TIEMPOS DE COLERA.

Como si mostrándose cual sueño que está detrás del sueño de rojo terciopelo, apareció Edith arrebatándole a Patricia mi corazón de las manos y succionándolo a dos colmillos de muerte breve, por lo que concluí que ella era definitivamente la futura madre de mis hijos. Establecido nuestro noviazgo y como tributo a nuestro amor, fue que me sentí conmovido a darle un gran obsequio. Para tal ocasión consideré que un disco de Kiss o mi camiseta de los tiburones rojos no eran un presente apropiado, sino que necesitaba un artículo de joyería...por lo que no fue difícil elegir la pieza perfecta, un elegante prendedor, dentro del tocador de mamá.

Diez días después de mi regalo, Edith me cortó...pero, al fin sentimentalista que ella era, decidió conservar el prendedor. Cuando me ví en la penosa necesidad de confesar a mamá mi transparente designio, ella no me sepultó bajo una tonelada de cemento sino que pidió su prendedor de vuelta, una petición que consideraba del todo razonable puesto que primeramente lo había robado.

-Quiero que devuelvas el prendedor...- le dije a Edith por teléfono.

-No puedo...- fue su respuesta.

-¿Por qué no?

-Porque lo perdí...

-¿Lo perdiste?

-Eso fue lo que dije...

-¿Cómo pudiste perder un prendedor tan caro?

-Fácil, primero lo tuve...luego ya no.

En el nombre del viento y tras cortarse la comunicación, corrí todavía con los restos del teléfono directamente a prenderme del timbre de Edith, para que al abrirme su mamá la puerta indicara "que su hija no se encontraba en casa". Con notado nerviosismo le explique a la señora los porqués de necesitar el prendedor de vuelta y ésta propinome unas palmaditas sobre la cabeza de recetas y solapes contenidos. Por supuesto, yo enfundo las manos en los bolsillos y me callo frente a su atolondrado criterio que piensa todavía que soy una maravillosa persona. De hecho, todas las madres de aquellas muchachas que alguna vez me rechazaron siempre coinciden en admitir que soy una maravillosa persona, por lo que concluyo que mejor hubiera terminado como papá de las mismas.

-Edith me dijo que ya lo había perdido y no es que no le crea, pero se me hace que lo esconde...

-Espérame un momentito- dijo suavemente y subió por las escaleras. Momentos más tarde, ella regresó con el prendedor en la mano.

De regreso en casa, me recosté con esa crepitante espera sobre toda hojarasca de la venganza:

"¡Cómo te atreviste a ir a mi casa y reclamarle a mi mama tu pinche prendedor!"

Más ningún vendaval iracundo llegó de su parte.

-Probablemente le aflija el haberme mentido- comenté al techo.-...Todo porque a lo mejor si le gusto y deseaba conservar la joya por tal motivo.

Me hallé totalmente convencido de que Edith lo único que buscaba era conservar un fetiche de mi mundo y estaba en mí reconsiderar este eslabón de amor entre tiempos de cólera, por cuanto estábamos hechos uno para el otro: Yo un descarado ladrón y ella una descarada mentirosa. Tales personajes, que el vuelo raso del deseo no pudo pasarlos más

veloz, deberían tener una segunda oportunidad para continuar torturándose mutuamente. Si alguna vez establecimos el record al beso con más de tres horas, inhalándonos uno al otro y jadeando nuestras cuentas mentales sobre el número de niños que deseábamos programar a mediano plazo y para que, al final, se diera el perverso lujo de cortarme...ahora debía propiciar la reconciliación para volver a estar reunidos otra vez y entonces yo cortarla con alevosía y ventaja. De cualquier modo, debía primero ser muy cuidadoso en los dolidos fragmentos de perdón y evitar que me colgara la bocina, porque esto le daría dos puntos de ventaja contra cero. Así que, con todo el flanco de precaución que llevo a Napoleón a invadir Rusia, marqué su número.

-Hola, Edith- dije sin titubeos. Al menos empezaba bien pronunciando correctamente su nombre.

-¿Qué quieres?- fue la glacial respuesta, aunque cayendo lindamente en mi trampa.

-Supongo que me debes una disculpa...

-¡Pues supones mal!

-No seas egoísta...

(Pssst, nótese que astutamente la orillaba al despeñadero)

-¡Pues no quiero saber nada de ti, nada! ¿Entiendes...o tienes problemas con tu español?

-Solo hablé para confirmar si tú deseas conservar tu reputación de persona que miente respecto de poseer las cosas que no le pertenecen...

-¡Ja, tú me señalas como deshonesta cuando fuiste tú quien le robó a su propia madre!

-¡Pero tú no sabías que el prendedor era robado!

-¡Ni yo te lo pedí!

-¡Pero sí pudiste mentir de que lo habías perdido!

-¡No precisamente...sólo que no sabía en dónde estaba!

-¡Pero tu mamá entró a tu recamara y lo halló enseguida!

-¡Del mismo modo que tú lo hallaste en el tocador de tu mamá!

Mi apetito por humillación se hallaba ya fuera de control al tiempo que insistía en prolongar una conversación que sólo revelaba hebras mal peinadas de la pendejez masculina.

-¡Pon tu madre al teléfono!- ordené.

-¡No, Pon tu madre al teléfono...para que yo le pueda preguntar qué se siente tener un hijo tan pendejo!

-¿Pendejo?...¡Más bien estuve apendejado por tí, de tu cara, de tus caricias, de nuestros planes de tener muchos hijos...eso!

-¡Pues puedes empezar a tenerlos todos sin mí!...¡Adiós!

-¡Hey, hey, yo creo que al menos deberíamos terminar esto como amigos!

-Supongo que sí, pero yo no creo volver a hablarte...

-¿Es lo que tu corazón te dicta?

Entonces colgó. La última cursilería no ameritaba ni adiós.

II. EL OGRO MONOGAMO

APUNTE 5: EL LABERINTO DE LA SOLICITACION.

El primer momento que empiezas dormir con tu esposa, todos tus movimientos son como juego de clips imantados con mil funciones debido a que, entre los dos, viento fino o papel, la libertad prevalece a costa de los más pudorosos gimnastas de cama. Por ejemplo, llevados por el entusiasmo del tamaño de la palabra matrimonio, mi mujer solía quedarse dormida reiterándome su espalda en tanto yo la rodeaba con una pierna suelta, puesto que ninguna postura por contorsionada que pudiera parecer, da más placer a unos recién casados:

-¡Adoro tu talón oprimiéndome el ombligo!- mi esposa podía despertarme cierta mañana. -¿Te importaría ahora hacerme cosquillitas en la oreja con tu nariz?

-Nada más que termine de adorar cada uno de tus cabellos individualmente...- yo respondo.

Allí se va otra hebra mágica que ensarta su total amasijo perlado de homenajes mutuos, aunque también va endureciéndose uno que otro nudo de tragedia con los años:

-¿Es tu pierna lo que está encima de mí?- me invade el remoto aliento de la mañana.

-No creo que se nos haya caído una viga durante la noche...- la contraataco.

-Bueno, esperpento de pulpo, ¿te encuentras confortable?

-¡Ah, como en el cielo!

-¡Pues yo me hallo en otra región inferior!

Con dicho cloroformo del afecto embruteciendo nuestras mañanas, el anterior diálogo demuestra que, aunque mi mujer y yo nos hemos compenetrado en el sexo donde las cosas son como son, o como dicen que son, no ha sido lo mismo tratándose del sueño

compartido. Entre tales tolerancias, del cielo con rehenes, ya podía levantarme a medianoche para ir al baño y ella, entredormida, ordenar:

-¡Le jalas al *wateeer*!

Si en cambio se me ocurría elegir la segunda puerta a la izquierda, para salir a escribir un rato, entonces se trataba de despertar en mí un sentimiento de culpabilidad:

-¿Qué horas son?

-¡Las tres...pero todavía no es hora de que te levantes!

-No sé *por qué* ya se me espantó el sueño...

-¡Eso es culpa de tu ritmo circadiano!

Y ni siquiera mi fantasma en la nave del espejo termina rindiéndose a todas las pruebas imaginables por someter al cónyuge a las leyes de la recámara, excepto la noche ante el falto aceitado de los ronquidos. Por decir algo, cuando el primer estertor trepa por encima de los nervios de uno de los desposados, dicho ronquido mueve al escucha a suavemente codear y decir:

-¡Ya estás roncando!

No es que en este punto yo en vano trate de interrumpir la ronca versión de una serenata de Mozart a dos centímetros de la oreja, pero tengo referencias médicas que alertan sobre las posibles repercusiones en las ondas cerebrales, a veces con daño irreversible, en el roncador.

El paso dos ante el desplome paulatino de consonantes densas ya no lo será otra señal de advertencia, sino que se hace rodar al suelo al escandaloso, quien familiarizado con la disposición del mobiliario a través de los años, se las arregla siempre para regresar sano y salvo a la cama, jadeando y tanteando en la obscuridad. El paso tres empuja al escucha a presionar una almohada contra el rostro, de ese remedo de leño serruchándose

sobre dos cruces de silencio, con una efectividad para detener los ronquidos en el 98 por ciento de los casos...aunque siempre queda el cargo de conciencia que, de una u otra forma, nos impide conciliar el sueño, porque obliga a cerciorarse de tiempo en tiempo de que el ruido terminó no precisamente porque el roncador murió asfixiado.

A la luz del día, el automóvil también es otro escenario de altas y bajas. En los primeros paseos juntos, el amor sobre ruedas provoca su cuota de palabras en tanto perdura el exceso de velocidad con las calles deshechas en polvo:

-¡Qué tierno, amor, nos metimos en sentido contrario!

Y quizás sean aquellos recuerdos desde el asiento trasero, de papá al volante y mamá de copiloto, que me advirtieron los reclamos lubricantes para la bella ingeniería del motor conyugal:

-¡Ahí va un carro de chilangos!- diría mi mama, observando las placas de un vehículo rebasándonos en velocidad.

-¿Cómo sabes que son chilangos?- refunfuñaría mi papá.

-¡Porque no se me ocurrió pensar que provocáramos un accidente!

Y yo quedo esperando por la respuesta de papá a ese salto cuántico a otra dimensión, pero no vuelve a hablar este hombre difícil de flanquear por el espejo. Simplemente continua manejando, porque ¡lo había entendido!

El había entendido la piedra filosofal del tálamo móvil. Durante los siguientes kilómetros, yo aceleré la máquina de mis pensamientos al futuro en el propio caso de llegar a compartir con mi futura esposa la misma disciplina zen desarrollada por mis papás.

-Mamá, mi papá se acaba de pasar un alto...

-Sí, así fue...

-¿Y no le vas a decir tu nada?

-¡Tu padre sabe lo que hace!

Yendo detrás, la carretera empieza a volver el círculo. Pero -lo imagino así- se dice uno a sí mismo que cuando sea grande va a moderarse uno igual:

-¡Oríllate en la cuneta que me voy a bajar...quiero terminar mi viaje en una sola pieza, así tenga que pedir un aventón a una camioneta de redilas llena de cochinos! -ordenará mi mujer.

El laberinto de la solicitación. Diálogo entre dos extraños separados por una territorio común que inequívocamente fabrica un abismo de arenas movedizas: El carro durante el día y la cama por las noches. Pero si mi mujer y yo permanecemos juntos hasta nuestro aniversario de oro, será porque uno de nosotros insistió en realizar algo idiota y el otro aprendió no sólo a entenderlo, sino a admirarlo también:

-Me apagaste la luz a media lectura...gracias por este planetario instantáneo en mi cama.

-Me encontré un arete dentro del coche...gracias por darme motivos para una demanda.

APUNTE 6: LA INVENCION DE MORELIA.

Locomocional -como el sello de tortura en la papeleta del pago de tenencia que abre el trámite de las carteras- todavía recuerdo el modelo del primer coche familiar: un viejo Plymouth modelo '59, que debido a su color café oxidado era apodado "la cajeta". El primer vehículo abriéndose paso por mi memoria...con todos sus momentos enfrente de mi papá, solicitándolo por un camino que empieza por donde los demás acaban.

Cuando un muchacho exige su primer coche, el papá desearía que éste hubiera nacido dentro de una tribu que no hubiera evolucionado más allá del caballo. Por tanto un

primer auto se ocupa de incluirnos en los pistones de la solicitación, en las bandas para repetir la situación hasta que son cumplidas la ley del transporte y otras mentiras:

-Papá, todos mis amigos piensan que debería tener ya mi propio coche- dije muy seriamente un día.

-Bien, ¿cuándo piensan comprártelo?

-No, ellos piensan que tú y mamá deben comprarme un carro.

-¿Y hay alguna particular razón de por qué debiéramos hacer eso?

-Bueno, suponen que por eso tengo papás...¿no?

-No todos los papás funcionan igual, hijo...¿acaso Adán y Eva le consiguieron uno a Abel? ¡Y este si que era un buen muchacho!. Contéstame esto y sé totalmente honesto...¿tú para qué quieres un carro?

-¡Pos para ir a todos lados!

-¡Entonces te debiera de sorprender como mucha gente se las ingenia para hacerlo utilizando los transportes públicos...hasta ancianitas van y vienen en autobús todos los días! ¡Es más, yo no tendría ninguna objeción para comprarte un boleto de ADO para tu primer viaje...ni me esperaría a que fuera tu cumpleaños!

-¡Pero, papá, un boleto de ADO no puedes presumirlo entre las chavas, además mis cuates coinciden en que ya tengo 18 años como para seguir subiéndome a camiones!

-¿Eso dicen ellos? ¡Pues qué malos amigos son, porque los autobuses son mucho mas divertidos...aparte de que expanden tu círculo social! ¡Si vieras la cantidad de gente distinta que se conoce cada tres cuadras!

-¡Chido, papá, pero yo quiero mi primer coche!

-Hijo, yo sé que no andas particularmente inmiscuido en matemáticas, pero ¿sabes cuánto cuesta un auto nuevo?

-¡Me conformo con otra "cajeta"!

-¡Magnífico, entonces tu mamá y yo cruzaremos apuestas para adivinar el día que acabara por desbielarse!

-Digo, ligeramente usado...

-Lo que significarían unos cien mil pesos más o menos (nota del autor: estamos en 1978), sin contar el seguro...¿los tienes?

-¿Cual seguro?

-Uno nunca sabe...- contesto papá con la mirada extraviada, quizás haciendo desfilar en su imaginación a toda la gente conocida de la ciudad, como si pelotas rebotando a partir de las defensas del carro de su hijo.

-¡Okey, tú podrías comprarte un carro nuevo y dejarme enteramente "la cajeta"!- insisto, tratando de sacarlo de su arrebato mental -¿Qué dices?...¡Un carro nuevo a la altura de tu categoría!

-Es muy considerado de tu parte, hijo, pero el punto es que debo sutilmente recordarte -sin que ello lastime tu ego, por supuesto- cuán inútil eres para aspirar a un coche: No tienes empleo, ni ahorros ni nada...con 18 años cumplidos tu única obligación es estudiar y con un coche de por medio, cabe la posibilidad de que te relajes y pierdas el propedéutico...

-Me encantaría hablar más de mis estudios, pero déjame decirte antes algo que quizás te haga cambiar de idea: ¡Acabo de ver un anuncio de oportunidad para un Mustang '69!

-¿Cuánto?

-Mil y cacho...

-Milongas, coño ¿Se te ocurrió preguntar si tiene motor? ¿Las llantas son opcionales? ¿En qué deshuesadero está?...No, no me convences.

-¡Pero mis amigos insisten en que yo debiera tener mi propio coche ya!

-¡Y están en su derecho!. Te propongo algo, trae a todos tus amigos aquí y hagamos una vaca. Cualquier cantidad que ellos aporten, yo te la doblo...¿Qué dices?

-¡Papá, piensa en las curvas peligrosas! -comento, dibujando en el aire los márgenes femeninos.

Luz roja en otro intento final.

Luz amarilla preparando su sorpresa.

Luz verde.

-Ponte a lavar la "cajeta" y ya veremos...

Por supuesto, un memorable día sustraje las llaves y me fuí a dar un paseo arriesgando maldiciones. Al regreso, mi papá me esperaba sobre el camellón como si fuera la estatua suntuaria de Agustín Lara, siguiendo con la mirada la maniobra de estacionado que me remitiría al uso de la palabra idiota, aunque en el sentido lícito automovilístico.

-Bueno, pero no tienes por qué llamarme idiota- reclamé.

-Tienes razón, pero el calificativo fue el que me pareció de más alivio ante mi deseo profundo de que tu mamá hubiera usado la talidomida la primera vez.

-Es que tú no entiendes...nunca entiendes.

-¡Sí lo entiendo...pero no lo acepto. Aunque pensándolo bien, lo de idiota es para mí por permitirte manejar sin licencia ni seguro, corriendo el riesgo de que, el cielo no lo quiera, te le fueras encima a alguien, haciéndolo millonario instantáneo!

Un letrero aquí:

"No vuelta en U"

En todos estos fatigosos lustros de continuos choques familiares, ¿Alguna auténtica razón hubiera acortado mi espera por el primer auto propio? Cierto, la más común es...para ir a todos lados. Me imagino cuán refrescante pudo haber sido la vuelta en retorno justificando ante el sillón del papá, que quiero un coche para robar bancos y así comprar a la chica de humo y pagarle una plaza de santa laica en la iglesia del amor, entre burdeles y cementerios.

Con la "cajeta" en mi poder, el amor era cuestión de estar solos en nuestra cama blindada...pero no, siempre opté por la petición formal de mano. Llamé a la elegida su casa y nuevamente me deleité en la verdadera aceleración a partir del punto de reposo:

-¡Teléfono para Judy...!

-¿Es el Yo-yo?- pregunta la voz lejana.

-¡Si, te habla Don chistes hediondos...toma el recado!

Cuando finalmente Judith de los Angeles toma el teléfono, yo expulso los pulmones:

-Hola, soy yo...

-¡Oh, yo creía que eras el Dr. I.Q.!- me dice y se aguanta las ganas de reír.

-¡Te invito un café!

-Bueno, yo...

-¡Ya estoy pasando por ti en este instante!

-¿Otra vez al café?...¡Con los litros que nos hemos tomado ya puedo brindarle una transfusión a un zombie!

-¡Yo también te quiero mucho...sólo hazme un favor en lo que llego ahí y no te transfieras de país!

Y atrás queda el noviazgo con todas las canciones vulgares a cuestas al momento que desciendo a la planicie del corazón con doble tracción de amor. Las llantas anchas del deseo pasaron de largo a las caravanas hasta el fin del mundo como a los fracasos del pasado a todo motor. Por primera vez, resultaba delicioso decirle adiós a todas aquellas sombras absortas en sí, allí...

Adiós a Edith, que me inspiró mi primera infracción en sociedad.

Adiós a Patricia, que me introdujo al incuestionable placer del beso unilateral.

Adiós a Maritere llamada de las pantuflas, en la butaca contigua de la *matiné*, que inflamó mi pasión y mi vejiga también.

Adiós a Amelia, para quien miré la estrella imbécil desde la azotea y escribí mi primer oda.

Adiós a Chepina, dispensando su nombre en cada pacto obligado sobre el cemento fresco.

Adiós a Lucero, que me prodigó mi primer elogio galante sobre la pista de baile, a pesar de que yo no podía decir lo mismo respecto de su cutis mas accidentado que la cara de la luna.

Adiós a Erika de los dedos en el algodón de azúcar y su reputación del juego más usado en la feria.

Adiós a Saribel, cuyo cuerpo fue la inspiración de tanto desiderátum juvenil.

Adiós a...¿cuál era su nombre? La compañera incógnita que me enseño una nueva apreciación de medir el piso con una botella.

De repente supe que era el personaje favorito en el guión del universo, cuando pregunté:

-¿Te casarías conmigo?

Y Judith de los Ángeles guardó sus aretes en la guantera, no sin antes hacerme prometer que no se lo diría a nadie.

APUNTE 7: EL JARDIN DE LOS CARIÑOS QUE SE BIFURCAN.

Para ser justo, debo admitir que mi mujer malgasta su derrota de abrir la ventanilla, antes de aceptar este particular fervor suyo de viajar con el aire acondicionado puesto:

-¡Hijole, te estás pudriendo!...

Encapsulados en esta convivencia de la náusea palpable, cierta noche me senté en mi lugar de costumbre a la mesa del comedor y me percaté que tenía ante mí un plato decorado con una hoja de col, junto a dos calabacitas hervidas y un puñado de arroz.

-¡Serías tan amable de donar esto a algún Hare Krishna y traerme después mi cena! -exclamo.

-Ahí tienes tu cena servida- replica.

-Te equivocas, lo que tengo aquí es alguna ración para campaña del ejército Filipino. Lo que pienso es que el guisado se debió haber caído por ahí...¿por qué no me ayudas a encontrarlo de vuelta a la cocina?

-No vas a comer más carne y punto.

-Por un momento me resistí a creer que todo fuera olvido, ahora pregunto ¿A qué se debe la determinación de esta dieta?

-Tienes una pésima digestión y comer tanta carne ya te tiene como los gatos igual de pedorro...

Yo hago un paseo con el tenedor a tientas.

-Además de que ese carácter tan jodido que tienes posiblemente se deba a la ingestión de tanto pobre animal sacrificado.

-Mimu, entiendo tus sentimientos necrofílicos pero mi posición en la mesa nunca ha sido de terapeuta sino de ave de rapiña.

-Pues hay mucha gente que come verduras y tú debieras ser otra de ellas.

-También hay mucha gente que vende Amway y me las he arreglado de algún modo para no unirme a ellas...

Por la señora que continuaba cantando al lado de un suspiro, esa noche me volví vegetariano. Comprometido me hallo a que todo marido prudente debe dejarse conducir por el llanto de las sirenas aunque lo conduzca directamente contra las rocas.

Dos semanas después, volví a tomar mi lugar de costumbre a la mesa y me percaté que un delicioso T-bone había aparecido en mi plato.

-Mira esto- le dije a mi mujer -alguien extravió su porcentaje de grasa y proteínas. ¿Harías el cumplido cívico de retornarla a su dueño original?

-Puedes volver a comer carne otra vez...y por mí, muerete.

-¡Gracias, es tan agradable tener a las vacas de vuelta a casa!

Mi mujer y yo sostenemos estos sorteos de poder constantemente, pero yo jamás cambio un hábito, porque cambiar uno de éstos viola la entera tradición del matrimonio en cualquiera de sus sitios sagrados: el auto, la mesa, la alcoba y la regadera del baño. Más poses de esposos de preferencia para hablar de la ciencia, excepto por alguna encantadora idiosincracia como dejar la ropa usada al centro del peligro. No es mi caso que suela poner la mía de vuelta a los cajones o anudarla y arrojarla por la ventana, simplemente la dejo tirada en el suelo y jalo mi toalla para dirigirme al baño, luego parece que el frío no pasa detrás de la regadera.

La combinación de hormona y persuasión en mi mujer se me acerca por la espalda y me sugiere convertir el ala izquierda del baño en un pequeño sauna. Esta mujer, después de todo, demuestra tener suficiente coraje para meter la mano en medio de la ducha y girar la llave caliente a su máximo.

-El vapor de agua es muy beneficioso... - afirma -...te va ayudar a destapar los poros y limpiar impurezas.

-Eso le dijeron a Juana de Arco - contesto ensimismado ante los nubarrones de calor que parecen conjurarme visiones de algún gulag en mi bañera. Luego de diez minutos, la temperatura de cocimiento debía ser de unos 58º, pero afortunadamente no pude ver el termómetro porque para ese entonces tenía ya los ojos en blanco.

-Mimu, creo que ya es suficiente por hoy...- murmuro, pensando en Pompeya.

-Pues te pierdes de los completos beneficios para tu salud...- comenta, empujando hacia un rincón el tapón y mis arrugas como cera perdida.

No queriendo contestarle que menos saludable era perder el conocimiento, me dispongo a localizar mis pantuflas con el fín de no enterrarme una astilla de vuelta al baño, porque no es lo mismo navegar por cuatro cortadas escaleras arriba que dar un descalabro al lavabo.

-¿Mimu, de casualidad aquellos que se llevaron mis pantuflas no dejaron alguna nota de rescate? -replico.

-Deben estar en el cesto de la ropa sucia- anuncia la poderosa voz de la nube -Yo recogí parejo lo que había en el suelo: montones de ropa y restos de comida.

-¿Acaso piensas pasar jerga de nuevo? ¿Organizar un picnic?

-No, sino que ya me cansé de estarme tropezando con tus cosas...

-Bueno, te voy a hacer una pregunta...¿También te tropiezas con mi cartera?

-Cuando nos casamos, tu nunca me confesaste tu incredulidad respecto a los closets...ahora que si quieres que me desplaze por esta casa mediante radar, bueno...

-Yo solo quiero mis chanclas...

-Pues si las quieres, búscalas o mejor vete a vivir con los franciscanos...

Esconderse es todo, aunque ambos ya no entendamos las reglas del juego. Yo conozco los adioses y bienvenidas a las vacas, los pedos con el aire acondicionado puesto, la bañera que explica como sujetar nuevamente del talle a Marat y cualquier secreta explicación del por qué se recicla mi guardarropa, aún aquella camisa que ni logro estrenar. Dar con el escondite es llegar en busca del alambique de los lagrimones.

-¿Me quieres hacer pensar que estas pensando o te agarró caspa con ese shampoo?

Yo dejo de rascarme la cabeza.

-¡Se me ocurre una idea!...¿Por qué no hacemos una bitácora de nuestras mutuas intolerancias!

Ella sopla, sopla y apaga mis luces de quimera.

-¿Por qué no empezamos con una lista de nuestros complejos?...¡Verías que no te iban a alcanzar las hojas para recorrer a tus parientes, amigos y conocidos pendientes!

-Olvídalo, de cualquier manera acabo de recordar que es hora de castigar a la niña...

Entonces los hijos nos ven y parecen asustarse, pero no debiera tomarse esto como algo personal...simplemente es el código de los buenos padres inventado por Gengis Khan.

APUNTE 8: QUIZAS NO VUELVAS A TOMAR TU MERIENDA….

La referencia podría antojarse oblicua cuando resuenan las campanas de boda en alguna parte y cito del conocido libro de Bram Stoker, el momento en que el Conde Dracula

encuentra a Mina Harker y exhala de la respiración misteriosa su estridente advertencia: “He cruzado océanos de tiempo para estar a tu lado”. Este apetito errante, esta ansia para abrevar la eternidad en el desmesuramiento de la boca hasta que el alba atraviesa al personaje central hasta la calcinación planetaria es destino, lo intermedio para los no venerables dentro de la literatura clásica es más alegre sin saberlo y te empuja hacer las mismas cosas sobrehumanas porque tú necesitas a esa persona circulando en tu pulso. Tú aceptas esto y acabas atravesando desiertos y mares, subiendo montañas y haciendo proezas de concurso que en ningún momento fueron solicitadas por la persona de tu frenesí. En términos legales, uno es un voluntario *ad augusta per angusta*. Los novios que están por unir sus vidas están prestos a cumplir las cartas de esta prueba. Permitiendo que se vuelva, la prometida se asoma a la cúspide de la montaña más indescifrable y todo lo que necesita hacer es gritar el nombre de su amado y el buen mozo escalará 6,000 metros sobre el nivel de la dulzura para responder al llamado. Por eso aquí y allí, yo sé que si alguien se acercara a mi esposa y le dijera: “Señora Fuster, su esposo está en lo alto del cerro de la silla desde hace dos días y reclama su presencia.”. Lo primero que respondería en un vaho de frialdad, sería: “¿Qué diablos hace ese loco allá arriba?”. Acto seguido, llamaría a nuestra crecida hija y le diría: “Hija, sube ese cerro inmediatamente y tráete como puedas a tu padre y cuando esté ya abajo lo llevas a un hospital a ver si anda bien, antes de que tenga otra recaída”

Ok, haciendo a un lado mares y montañas extensos de alma a alma, la fiesta en el tálamo nupcial yo insisto es la mayor aventura de todas y, dichosos esposos de esta noche, quiero que pongan mucha atención a esto: Hay una posición especial para dormir que no sucede hasta que uno se une en matrimonio. Por ejemplo, la consorte se acerca al borde de la cama y el desposado espera recostado *de cúbito supino* y con la mano que le queda libre

golpea el colchón con ligeras palmadas. Ella ocupa su lugar. El varón desliza el brazo de apoyo por debajo de la espalda de la mujer y la atrae hacia sí más cerca. Ella se voltea y sus labios se encuentran con el beso de su pareja. No hay aire en medio de los dos. Ambos dan termino a un maravilloso beso y ese es el principio de otra vida más alta, la primera noche de matrimonio. Enseguida viene esa parte que sucede, pero nadie se explica como sucede: tu encuentras sus pies con tus pies bajo la sabana y juntos llevan a cabo su escalera personal a la luna de miel. Esta es la mejor posición para dormir y hasta más rico que chuparse el dedo. Estiras el otro brazo para apagar la lámpara y repites con voz de cien arpas: "Buenas noches, mi amor". Por eso aquí y allí, yo sé que estoy profundamente dormido y de repente el pánico se apodera de mi cuerpo porque advierto que estoy muriendo con mis sueños cubiertos del rocío en el amanecer. El horror ocurre porque alcanzo a darme cuenta de que no hay más oxigeno en mi cuerpo. Trato de abrir mi boca pero no puedo hacerlo porque mis labios han sido sellados con *masking tape* de paquetería y sin que lo hubiese advertido en ningún momento de mi fase REM, ya desesperado trato de respirar por la nariz y abro los ojos para descubrir a la señora Fuster rellenando de algodón mis fosas nasales como si fuera mi taxidermista, en tanto conserva esa extraña mirada en su cara que lo explica todo: "¡Ya estoy harta, llevo 20 años sin dormir, toda las noches son puro ronquido contigo!". Bueno, no lo sé. Yo cuanto puedo decirles es que minutos después ella se levantará de la cama y entonces oiré la puerta azotarse, *¡pum*!, luego correr el agua del lavabo, *¡sshhhhhhh!*, y en el modo que se alarga mi memoria, escucharla hacer gárgaras de isodine, *¡gara, gara, guac!*, a fín de verla salir una hora más tarde a tomar nuevamente su posición para alcanzar sus bodas de plata, de oro, de diamante y más asequible de lo que es una montaña con los brazos pidiendo delirio.

O igual recordamos las cosas porque necesitamos querer olvidarlas.

III. MI PROPIO RETRATO DEL ARTISTA ADOLESCENTE

APUNTE 9: EN BUSCA DEL TIEMPO PODRIDO

Yo uso lentes, básicamente porque no puedo ver más allá de mis narices tratándose de buscar una solución a los problemas. De todos modos, un día hice algo que no tengo la costumbre de hacer: removí los lentes de mi puente nasal y los dispuse como una diadema sobre mi cabeza durante la pereza de mi pluma a mitad de un verso. Luego de cuatro agotadísimas líneas negras sobre la dieta del papel, me levanté del escritorio y bajé a la cocina. Al regreso, ya mi hija de dos años se hallaba encuclillada sobre el sillón y se apoyaba contra las anotaciones tal como acecharía un buitre el cadáver de una cebra.

-Nena, ¿podrías dejar a papi terminar su trabajo?

-Ño pueque...- (traduje su linda negativa).

En estos casos, uno toma al niño por los pelos y lo arroja por la ventana. Tomé a la niña de la manita y ésta, obediente, se dejó conducir hasta su cuarto de juego. De vuelta al mismo punto de partida, correspondía ahora a mi esposa aventurar la cauda de su trapeo sobre el territorio sagrado de mis escritos.

-¿Qué es esto?- acusó, levantando a contraluz el reciente poema con los más recientes dactilares de caramelo encima.

-¡Tus próximas quince comidas!...Ahora, ¿por qué no vas a ver a la niña y la revisas si tiene popó?

Mujer es el nombre que da tropezones en la ley matinal. Yo volví a acomodarme muy dispuesto a recuperar el aleteo de las palabras, pero definitivamente la inspiración había sido llamada al exilio...la tinta se había agotado y ahora sólo rasguñaba el papel. Conservando más que nunca la serenidad, como sorteo en los pétalos del pretexto, opté por

salir de casa. Ceñí mi camisa a modo de planchado rápido, chequé la hora con tranquila exactitud y caminé reparando en los lentes inexcusables, puesto que parte del programa cívico del conductor precavido lo es la óptima capacidad para distinguir los demás coches en movimiento, pero...¿dónde los había dejado? Volví a desordenar mi mesa de notas, dentro y fuera de los cajones, injuriando con alta calidad de persona a las traviesas gafas que habían decidido jugar a las escondidillas. Revisé el interior de la caja de Kleenex, de la máquina de escribir, dentro y fuera del basurero...más aún, dentro de la bolsa que contiene todas las chucherías que me he negado a tirar con imaginación abierta de que algún día sean nuevamente útiles:

¿De casualidad tienes un llavero-destapador?...¡No he podido encontrar en Chedraui uno solo!

No obstante, la violenta estampida de los lápices con altura de tres centímetros y la goma mordisqueada son mi colección favorita.

-¡Esto es el colmo...aunque se tratara de un parche en el ojo, la niña o mi mujer son capaces también de extraviarlo por mí! -pensé en un triángulo breve de malhumor. Quizás una de ellas haya pensado que el lugar que ocupaban mis lentes dentro de la decoración de nuestra casa no era el apropiado y la otra suponer que me veo más guapo sin ellos, pero ¿a quién le otorgo el indulto?. De todos modos, no opté por salir a perseguir a mi mujer (que estadísticamente siempre resulta la última culpable) y gritarle horrores sobre su cara lavada, porque tal tipo de experiencias en el pasado generalmente reactivan la misma respuesta:

-¡Cómo no va a ser que nunca encuentras nada, si siempre andas dejando todo por todos lados. El otro día hasta un frasco de insecticida había dentro del refrigerador...ese has deber sido tú!

-Si la gente dejara siquiera las cosas donde exactamente las dejé...- respondo con parcial convicción. Al menos mi sentir es similar al de que cualquier ingeniero que trabaja en la planta de Laguna Verde: mi escritorio debe parecer un verdadero desmadre, pero yo sé el lugar correcto que ocupa cada átomo en él.

Resignado a la contrariedad de que mi esposa finalmente había teletransportado mis anteojos hacia algún otro rincón de nuestro hogar, donde estos pudieran camuflajearse con el color de las cortinas o el estampado de los cojines, me encaminé a rastrearlos a lo largo y ancho de la sala y por los rincones de la cocina, del comedor, del garage...aún de la caja de los fusibles.

Vencido y con ligera jaqueca de laberintos caseros, volví escaleras arriba en busca de dos aspirinas. Al tiempo que entré al baño, aislándome de la luz de los comienzos, completamente reflejado frente al botiquín y la primera cachetada de asombro...¡ahí estaban los malditos espejuelos encima de mi cara otra vez!

Tal es el autorretrato del artista adolescente.

APUNTE 10: TIERRA MAS QUE BALDÍA

De todas las traiciones que el sentido común juega en contra del artista adolescente y su rutina zodiacal, tales como: extraviar el auto dentro del estacionamiento o todo el estacionamiento, olvidar tus lentes por encima de tu frente o desentender la razón última por la que marcaste un número telefónico, son faltas menores comparadas con el más embarazoso y criminal acto que tu mente de genio puede jugarte: olvidar de plano de qué carajos estabas hablando.

Mucho tiempo después de que nuestros científicos hallen la posible cura contra el catarro común o el cáncer, ellos todavía tendrán el mayor reto por vencer dentro de los

anales de la medicina: Explicar el por qué un tipo como yo puede recordar perfectamente acontecimientos de hace 10 años, pero resulta incapaz de continuar lo dicho 10 segundos después de hablar. Este instante suele llegar a ti todavía del modo más inocente, por ejemplo. Tú y otro amigo de correrías se sientan juntos a platicar enmedio de una fiesta, donde nadie más de los invitados piensa en dirigirles la palabra por la apariencia de yuppies que guardan...mejor dicho, se sientan a platicar egoístamente y corresponde a ti hacer un gran despliegue verbal de teorías y supersticiones respecto de un tema particular al cual siempre te has mostrado propenso a apoyar: La historia precolombina del chocolate caliente. Notas que tu interlocutor sigue tus sentencias con suma atención, esa revelación de como antiguos sacerdotes aztecas inventaron el chocolate caliente como efusión mágica dentro de sus sacrificios rituales. Ya solían relajar a la víctima con una humeante copa de dicha bebida y, sólo entonces, le arrancaban el corazón en presencia de Coatlicue. No sólo resulta una suposición fascinante minuto a minuto, sino que contribuye a otra mayor redención antropológica: nuestro chocolate caliente se fusiona con la rosca de reyes colonial y así se cristianiza el día de la Candelaria. Y de esta manera, felizmente arremolinado entre inolvidables disertaciones, donde el amigo continuamente responde con interjecciones de soporte y alivio:

-Sí, claro...claro...estoy convencido de ello...sí, por supuesto...sí.

Entonces otra persona se acerca y, sofocantemente gentil, interrumpe:

-¿Alguno de ustedes desea un refresco?

-No, gracias -respondes.

-Una cubita, por favor -solicita el amigo.

-¿Coca-cola sola o campechaneada?

-Sola, por favor...y sin nada de hielo.

-¿Y para usted...seguro que no desea un refresco o algo?

-No, gracias...es muy amable.

-Bueno, con permiso...ya estoy de vuelta con su bebida.

-Ándele, pase...

-Pase usted...

Tras ese ensayo de protocolos, lleno de bandejas y saludos, toca el turno de despertar al más escalofriante de todos los proclamos: "Pues sí...¿en qué estábamos". Impotente, tratas de reabordar el tren de tus ideas y descubres que ya ni siquiera puedes hallar la estación, ni tampoco tu amigo que había estado escuchándote embelesado arroja el cuerpo adelante con la totalidad de Anna Karenina.

(Claro, si tu caso fuera el del escucha que rebota en su cerebro antes de que su cuerpo se rompa en pedazos, ya te habrías disculpado a ti mismo: "¡Quizás este debe pensar ahora que nada más le seguía la corriente, pero juro que sí me estaba interesando. De hecho, adoro esta clase de polémicas acerca de...mmm, acerca de...de...acerca de la persistencia de los papeles infiltrándose en el nombre escrito de los folders!...¿no?...¿de los pinos, tampoco?")

Pero es tu caso del narrador y la distrofia es todavía más vergonzosa porque tus juicios se encaminaban académicamente organizados, que pronto sería inevitable el clímax de tu propuesta, más en esta ocasión la cosa no es así...y, desde luego, el narrador liga sus mejores escalofríos en busca de concentración, pero su cabús de ideas ya alcanzo el primer túnel negro.

Ahora bien, si el narrador hubiera estado contradiciendo a más de un curioso de cocktail impenetrable, justo al momento de borrársele el casette, cabría la posibilidad de realizar una encuesta para resituarse en el chisme y acabar pronto con un brindis.

Por ahora, tu amigo titubea y exclama: Pinos, pinos...sí, eso...estábamos hablando de los tapados.

El tapado de la cabeza es otro y la moraleja es clara: La mejor atmósfera para desatar un argumento invencible es sólo dentro del mueble del confesionario y, por supuesto, tras la persistencia de los papeles infiltrándose en el nombre escrito de los folders.

APUNTE 11: LA OBEDIENCIA NOCTURNA Y HUMEDA.

Yo de antemano uso lentes. Si las primeras aventuras al que el nuevo juego de pupilentes te conduce sobre el espejo del mostrador en la óptica, siempre son ya de una espeluznante visión Lovecraftiana, luego salir con ellos a la calle añade una nueva dimensión al género del terror. La última vez que entré al meridiano de la moda de usar unos, me tomó un largo paso de dos kilómetros para bajar el primer escalón frente al consultorio del oftalmólogo, luego de este modo vagar por una banqueta del calibre de una cuerda floja para, finalmente, tropezarme con un conciudadano que resultaba ser un gigantesco ojo, dirigiéndose a mí:

-¿Me da su hora?

-¡Sí, pero no me coma!

Después de consultar la lectura en mi reloj, el monstruo volvió a inquirir:

-¿Se siente usted bien?

-¡Sólo hágame un favor y condúzcame a la caseta más próxima...deseo hablarle a mi esposa!

Ya con el disco entre mis dedos, marqué...afortunadamente con suficiente morralla para alcanzar mi destino después de cuatro intentos frustrados.

-¡Mimo, habla papá...esta puede ser la última vez que oigas mi voz, a menos que agarres el coche y vengas por mí!...¡Estos pupilentes me están matando!

Y ella, que siempre ha sido la inspiración de mi vaivén intelectual, suavemente dijo:

-¡No seas bruto y quítate esos vidrios...tu cena ya se enfrió!

APUNTE 12: CONFESIONES DE UNA MASCARA

(CONTRA CABELLERA).

Yo uso lentes...los cuales ya no me hacen parecer adolescente a la sombra de las muchachas en flor, sino un volkswagen con las puertas abiertas. Quizás ahora uso lentes para ver mi tiempo correr, o correr el telón...o empecinar la proeza del hombre en movimiento como cuando era adolescente y arrogante -una redundancia, por supuesto- y me ví en la obligación de escuchar al paso a dos adultos argumentado cuán tramposo era el color del cristal con que se miran las verdades y mentiras cósmicas a partir de la calvicie prematura.

-Qué gente más ciega- pensé. -¿Cómo puede la falta de pelo hacerte trampas, si se encuentra exactamente encima de tu cráneo?

A estas alturas, creo necesario cambiar a bifocales.

POSDATA

Este texto es una carta...

Lo que necesito es vigilar el lenguaje radical de los pabilos.

Lo que también necesito es mucho más tiempo con mi esposa, a quien deseo tener a mi lado hasta que nos caigamos de óxido desde mecedoras contiguas, antiguas. En la hora actual, las sillas toman su cupo en la terraza: son como amigas entrelazadas por el meñique a pesar que advertido estoy de que las cosas no están hechas para toda la vida.

-¿O hace calor en este cuarto, o ya agarré una varicela en los camiones de pasaje?- comentó hace un par de semanas.

-No te preocupes -cariñosamente advertí -lo que pasa es que estás en preparación para ingresar a tu menopausia...y yo estaré contigo a lo largo de lo que queda del viaje.

Esposa, te tengo una solemne promesa: Yo estaré siempre a tu lado y permitiéndome cada uno de tus humores y fastidios que inauguran las mañanas; O los saltimbanquis hacia la luna de tus sueños, mientras yo necesito otra sábana y la cama me parece más chica.

-¿Todavía tienes calor?

Sí, hablaremos de las estaciones frías y calientes. A pesar de mi disentir respecto a que articularse en los huesos del clima sea claro síntoma de vejez; Y cuando nuestras temperaturas se igualen en el último hexagrama chino, te tomare de la mano y destinaremos los veinte poemas de amor y una moneda desesperada para abordar el último "20 de Noviembre" a la eternidad.

El número veinte, a propósito de un número que le consigue a la calle populosa un suspiro de Dios.

-¿Tiene cambio de 20?- solicita en el camino una jovencita al lujo de los ojos.

-¿Y quién no?- pienso en mis adentros. -...¡Si para mí querría el disfraz de ese número y provocar el total incendio del mundo, tomar la suma total de las flores de la zona atleta del amor!

Pero, esposa, yo ni siquiera imaginaría el cambiarte por una posesión de tesoro a esa edad e ir muriéndome de frío...tal como en una corriente de aire, se abre la esquina y se cierra sobre sí misma. Lo que no necesito es la combinación de una caja fuerte para guardar la pedrería en su bolsita de calcetín, ni la gramática que llama hambre y sed con una lengua anterior a las monedas de hierro. Ni la posdata a una generación que no tiene memoria del primer alunizaje, sino rocas aligeradas por la luz de *stand* en el museo de las marcas registradas. ¡Que les dejen tener su sitio en su tiempo!

Esposa, nadie comprende mejor que tú lo que ambos vamos alcanzando en el punto omega de nuestras vidas. La sal aviva el pabilo que destella donde tú y yo somos libros de pasta dura y cuyas caras suponen dos insustituibles caras humanas, dos insustituibles lecturas al curioso que llega hasta nuestra zona mágica, brumopurpúrea, donde más víctimas del *instant karma* envejecen por parejas y Lennon toca nuestra canción en surcos de vinilo.

Veracruz, Ver.

Diciembre de 1992